

Rusia y América Latina: las agendas compatibles hacia el futuro

Pío García

Profesor

Universidad Externado

pio.garcia@uexternado.edu.co

INTRODUCCIÓN

En una fase de modificaciones estructurales globales, el papel que Rusia y América Latina puedan llegar a desempeñar en el nuevo ordenamiento internacional despierta comprensibles expectativas. La razón principal de los interrogantes sobre su participación en el reacomodo económico y geopolítico reside, en primer término, en los cuantiosos recursos naturales que ambas regiones detectan. En el caso del sector minero-energético, Rusia dispone de las primeras reservas de gas del mundo, las segundas de carbón y las octavas de petróleo; sus depósitos de gas natural son suficientes para mantener el volumen actual de producción durante los próximos ochenta años; la Federación Rusa genera la quinta parte del gas que consumimos hoy. Asimismo, su producción de energía eléctrica es la más importante de Europa y la cuarta mayor del

orbe. América Latina, por su parte, tiene un potencial superior en petróleo que en gas: las reservas del primero corresponden al 18% de las existencias planetarias y solo al 5% de las segundas (British Petroleum, 2012; SELA, 2009). De igual manera, el suministro de alimentos y bienes de origen agrícola para el mercado global no es menos significativo en el marco de su posicionamiento como actores distintivos en la dinámica económica y política venidera¹.

En segundo término, además de las reservas de recursos naturales, Rusia y América Latina cuentan con acopios tecnológicos que, sumados al capital humano instruido, pueden favorecer la creación de contrapesos en la estructura mundial del poder político y militar. En este campo, Rusia viene de encabezar el bloque de países socialistas, cuya estrategia productiva rivalizó con el bloque capitalista, pugna que le significó, de una parte, el fracaso y la disolución de la Unión pero, de otra, la he-

¹ Mientras Europa dispone de 384 millones de hectáreas y Norteamérica de 470 millones, Rusia posee de 300 millones y América Latina más de 1000 millones. ¡Ojalá solo llegue a ser usada una fracción de ese espacio en las próximas décadas, para no privarnos del oxígeno que generan los bosques tropicales y para no sacrificar más la biodiversidad terráquea en aras de un desarrollo insensato!

rencia de un área de intereses vasta y del primer arsenal atómico, que a pesar de la reducción concertada con Estados Unidos, conservaba aún 2427 ojivas en 2011². América Latina, a su vez, ensaya paradigmas económicos y políticos alternativos a los modelos convencionales, aunque ello no le ayuda aún a desvincularse del tradicional tutelaje que en el campo de la seguridad le impone Estados Unidos.

Ahora bien, en la medida que el intercambio global animó la emergencia de nuevos centros de poder consonantes con la pérdida relativa de la capacidad económica y política estadounidense, las opciones de resurgimiento ruso y latinoamericano se dan sobre un ambiente bastante propicio. Acerca de la concertación en torno a tal repunte cabe preguntar: ¿cuáles son los espacios disponibles para la interacción ruso-latinoamericana en las próximas décadas y cuáles sus límites? ¿Qué tanta influencia se les puede atribuir a los factores heredados y en qué forma se encuentran ante desafíos inusitados? ¿De qué manera se están articulando ambos actores y cómo podría intensificarse su cooperación dirigida al beneficio mutuo y al establecimiento de un sistema global más equitativo y democrático?

Si en el pasado, debido al enfrentamiento entre los bloques de la Guerra Fría, se subrayaron los aspectos políticos de las relaciones entre Rusia y los países latinoamericanos, los estudios contemporáneos resaltan las oportunidades económicas caracterizadas por el

intercambio creciente. De continuar el despliegue de esta tendencia, América Latina estaría captando inversiones rusas en forma sostenida, en beneficio de empresas privadas en la región, consideradas claves en su repunte reciente (ADB, 2012). A partir de un diagnóstico similar sobre las oportunidades económicas, y dado su carácter de cuerpo regional, el SELA se ofrece como el mecanismo más apto para facilitar el intercambio y la cooperación económica entre Rusia y América Latina. Invoca a su favor el hecho de contar con la infraestructura, el nivel de relaciones y los especialistas que una empresa de tal naturaleza requiere; todo ello, con el fin de tomar ventaja del potencial para la cooperación económica, entre otros campos en la infusión del conocimiento avanzado que pueden recibir los países latinoamericanos del personal científico ruso (SELA, 2009). En cambio, entre quienes abogan por una agenda enriquecida que se extienda más allá de los asuntos económicos, se encuentra Stephen Blank, para quien lo más destacado de la proyección rusa sobre Latinoamérica, desde 1997, es su correlato geopolítico dirigido a establecer un balance más definido en el poder mundial. Rusia, en su apreciación, aprovecharía y fomentaría el antiamericanismo de estos países para aumentar su comercio y la venta de armamento (Blank, 2010).

Llegar a construir una cooperación más amplia e integral entre la Federación Rusa y la Comunidad de Estados Independientes

² El gobierno ruso justificó la merma progresiva por el cambio doctrinario de “exceso sustancial” al “mínimo suficiente” que significa que este será usado solo para contrarrestar ataques que pongan a prueba la existencia del Estado” (Kile, 2011, 329).

(CEI)³ y América Latina en los próximos años es un objetivo deseable y alcanzable. La tarea de estipular la metodología desencadenadora del proceso da lugar a la necesidad de ubicarla dentro del contexto de las constricciones que la globalización económica, los intereses políticos y las alianzas estratégicas les marcan a los países y las regiones. En otros términos, hace falta un diagnóstico realista del sistema global desde el cual sea factible identificar los términos de intercambio más favorables entre regiones como la latinoamericana y la rusa y su área de influencia. Al respecto, importa tener en cuenta que ambas partes enfrentan los desafíos tanto de la competencia geopolítica como de la globalización económica, caracterizada esta última por el influjo apabullante del capital *financiarizado* (Aglietta, 2012) y la tecnología de punta, que las induce a explotar las ventajas comparativas del recurso natural, con el riesgo de rebajar el bienestar social y alumbrar crisis profundas de legitimidad de sus respectivos aparatos políticos, situación que a su vez aliena los regímenes autoritarios. Además, dicha estabilidad política no es independiente de las tensiones estratégicas, variable que tampoco es del caso soslayar. Sostener el reconocimiento mundial es parte esencial del argumento elitista ruso para asirse al poder; para las élites latinoamericanas basta, en cambio, con una relación rentable con el mercado global, sin que esto, excepto el caso brasileño, esté acompañado de una clara vocación de reconocimiento global. Junto a ello, ante la ausencia de mecanismos de

concertación en América Latina, las relaciones de Rusia con la región son dispersas y limitadas por la carencia de instrumentos institucionales. Debido a esto, América Latina se desdibuja en el marco de las opciones internacionales rusas, por cuanto a la inhibición de sobrepasar la zona de influencia estadounidense se le añade el distanciamiento causado por su especialización como proveedores de insumos industriales a los países manufactureros.

En consecuencia, la hipótesis del presente ensayo afirma que el encadenamiento sin mayores restricciones a la lógica del intercambio mundial y las afiliaciones estratégicas dispares de Rusia y América Latina relegan los espacios para la cooperación y las alianzas entre ambas a zonas marginales. Para superar estas tendencias divergentes hace falta allegar mecanismos de mayor calado respecto a lo logrado hasta ahora a partir de una voluntad política manifiesta de ambas partes, en consonancia con un diseño claro de las medidas para la convergencia de posiciones y acciones dentro de un sistema internacional pos hegemónico y por ende de real factura multilateral. Este estudio explora las áreas y los mecanismos de la cooperación ruso-latinoamericana de los próximos años, a partir del diagnóstico de los imperativos económicos, políticos y estratégicos que estructuran el sistema internacional vigente. Inscribir los nexos positivos en medio de las contradicciones previsibles del sistema hace parte de un ejercicio normativo y programático que se remonta más allá de las habituales

³ Creada en 1991, integra a Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Rusia, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán, el último en calidad de asociado.

elaboraciones descriptivas. Con este propósito en mente, empezaremos por abordar el análisis de los factores económicos que condicionan las relaciones entre Rusia y América Latina, así como los de tipo geopolítico; en la parte final exploraremos los espacios y las modalidades de la cooperación deseada.

EL CONDICIONAMIENTO DEL MERCADO GLOBAL

La actual adscripción a la lógica del mercado mundial renueva la vieja zanja que distanció a Rusia y América Latina en tiempos de la Unión Soviética. Durante la Guerra Fría predominaron los condicionamientos ideológicos; por tal motivo, las relaciones de nuestra región con los países comunistas sufrieron altos impedimentos, el intercambio fue selectivo, intermitente y centrado en algunos acuerdos comerciales. Desde 1959, cuando la Revolución cubana rompió el cerco levantado contra los países socialistas en los años del macartismo, el muro ideológico fue exacerbado. En las décadas siguientes unos pocos líderes contestatarios, como Alvarado en el Perú, procuraron vigorizar sus relaciones extracontinentales con un componente soviético fuerte; sin embargo, la mayoría de los gobiernos no solo tomó distancia del bloque socialista sino que mantuvo a Cuba en el ostracismo desde su expulsión de la OEA, en 1964. Durante siete décadas, la Unión Soviética se enfocó, sin mayores resultados, en influir en la región, con el fin de desafiar su secular dependencia de los dictados económicos, políticos y estratégicos de Washington. Una vez disuelta la URSS en 1991, la proyección

rusa cayó aún más. En consecuencia, surgió una fase adversa para la cooperación. La implosión económica rusa contrajo a menos de la tercera parte su aparato productivo, mientras América Latina soportaba la llamada “década perdida”. El bajo desempeño productivo nuestro estuvo acompañado por la transferencia constante de recursos en grados extremos, hasta el punto que Argentina y algunos países centroamericanos cesaron los pagos de la deuda externa. A medida que avanzaba el nuevo milenio, los términos de intercambio mudaron de manera ostensible. De repente, Rusia y los países latinoamericanos mineros y con agroindustria se vieron montados sobre la ola de los recursos financieros frescos y cuantiosos obtenidos por la colocación de sus bienes básicos a precios históricamente elevados en los mercados externos. Hubo, así, un vuelco repentino de las carencias del pasado hacia el capital público y privado abundante (Aglietta, 2012).

Después del año 2000, el crecimiento económico tuvo impulsos en los cuatro puntos cardinales, pero ciertos países tuvieron una incidencia superior a los demás en el incremento y sostenimiento del valor de las materias primas. Sobresalen los casos de China, Corea e India. La demanda continua de alimentos, metales, minerales y energía fósil dio lugar a una *demanda especial* para el grupo de países proveedores de esos bienes. En esta otra cara del mercado, Brasil, Chile y Perú, entre otros países latinoamericanos, llegaron a controlar alrededor del 80% de la factura china correspondiente a la importación de insumos industriales (ADB, 2012). Asimismo, Rusia pasó de generar el 1% de la producción global de

bienes en el 2000, a cerca del 3% en 2010⁴. En la provisión mundial petrolera, la Federación poseía el 13,5% en el 2010 y América Latina 9%; respecto a las exportaciones de gas, Rusia participó con el 20% y América Latina con el 6,5% (Future Directions International, 2011). A partir del 2007, la crisis en algunas economías centrales dio lugar a la merma del flujo de bienes y capitales, pero no detuvo las tendencias del cambio estructural en las economías de crecimiento relativamente superior, que pasaron a ser identificadas como las “economías emergentes”. Así, la nueva división internacional del trabajo se tradujo en el ingreso masivo de capital externo fruto de la movilización del mismo desde las economías en crisis hacia los mercados dinámicos y como resultado de la internalización del valor de los bienes exportados. En consecuencia, las monedas de las economías emergentes sufrieron revaluaciones constantes con incidencia sobre su patrón tradicional productivo, excepto en aquellas con el tipo de cambio controlado, como son los casos de China y Malasia. En los países inclinados a la exportación de bienes primarios, el aparato productivo manufacturero se contrajo a favor de los sectores intensos en capital, algo propio de la economía extractiva. El capital humano redundante aumentó en forma alarmante y los países se tornaron dependientes de la industria externa para abastecer el consumo interno.

A diferencia de las declaraciones diplomáticas y políticas de los gobiernos en los encuen-

tros de alto nivel⁵, la realidad es que entre las regiones latinoamericana y rusa se mantiene el distanciamiento causado por la competencia por aprovechar el mercado mundial de *commodities*. El efecto inmediato revela que como destinos comerciales mutuos, Rusia y América Latina no han cosechado aún los frutos que sí vienen obteniendo en otros mercados en los últimos años. El intercambio entre ambos por us\$12 mil millones en 2012 equivale solo al 3% del comercio latinoamericano con China. Al respecto, es interesante apreciar cómo las exportaciones de América Latina hacia su mercado tradicional estadounidense descenden en forma sostenida, disminuyen a menor ritmo los envíos a Europa y el nivel de comercio intrarregional, pero repuntan con Asia, donde Japón, Corea, India, Indonesia y otras economías industriales aumentan cada vez más las compras de bienes básicos provenientes de nuestra región. Pero el mayor impulso lo dan las adquisiciones chinas, como es bien sabido. De hecho, después de 2005, China se tornó en la plaza más importante para las ventas de Brasil, Perú, Chile y Argentina (ADB, 2012).

En cuanto a Rusia, Europa sigue siendo su primer mercado, región que recibe la mitad de sus ventas anuales de gas, petróleo, metales y madera. De igual modo, un 75% de la inversión extranjera captada por la economía rusa proviene de sus vecinos ricos europeos. En cambio, sus exportaciones de equipo de defensa tienen mercados más extensos y di-

⁴ Como efecto de ello, el 5% del crecimiento económico mundial fue aportado por Rusia (IMF, 2012).

⁵ En la gira de 2009 por América Latina, el presidente Medvédev prometió una nueva política “comprensiva y multidimensional” para la región (Blank, 2010).

versos, tales como India, Birmania, Vietnam, Ghana, Omán, Tanzania y Venezuela, entre otros (RIA Novost, 2013). Asimismo, las importaciones presentan una gama amplia de orígenes, aunque las compras de maquinaria y equipo de uso civil a los países del Este de Asia son remarcables. Al igual que Latinoamérica, la rápida interacción con China es una de las características recientes de este intercambio, en cuanto ese país ha llegado a captar el 10% del comercio exterior ruso (WTO, 2013).

Podemos concluir, entonces, que en sus relaciones económicas Rusia todavía es europea, pero se separa de la Unión en lo político, e incluso llega a ser antieuropea en lo estratégico. Asimismo, siguiendo ese patrón, las condiciones de la cooperación entre Rusia y América Latina tienen que ver sobre todo con los espacios nuevos abiertos a la interacción económica en el marco de un sistema globalizado y menos con opciones políticas o estratégicas, dada la imposibilidad de superar las contradicciones del poder mundial.

EL DISTANCIAMIENTO DERIVADO DE LA AFILIACIÓN ESTRATÉGICA DIVERGENTE

Hay quienes consideran que la presencia rusa en América Latina es abrumadora y ha sido el producto del descuido estadounidense sobre su tradicional zona de influencia, según ya hemos dicho. Así, en palabras de John Daly (2011), “el continente entero se dirige hacia unas relaciones más profundas con Moscú, una situación de la cual Washington es el único responsable, por haberse dedicado la década pasada a castigar a los terroristas musulmanes”. Para Nil Nikandrov (2010), ade-

más del descuido, la promesa de reactivar el entendimiento entre Rusia y Estados Unidos, anunciada por Obama en 2009, estuvo muy “lejos de ser constructiva”, y la competencia ruso-estadounidense estaría incitada por parte de Moscú por el claro propósito de devolverle a su rival las “revoluciones de los colores” que Washington llevó a cabo en la periferia rusa. De acuerdo con estas valoraciones, la más reciente política rusa hacia Latinoamérica estaría determinada por su voluntad de prevalecer en la contienda mundial como un superpoder competidor de Estados Unidos, a través de una serie de medidas conexas con sus capacidades económicas y militares (Davidov, 2010).

Sin embargo, no parece verosímil tan acucioso trabajo por parte de la diplomacia rusa y los resultados son a todas luces inflados, si se toma en consideración el panorama general de las relaciones. En efecto, en el dominio económico, según acabamos de ver, no ocurre una explosión repentina; por el contrario, el intercambio persiste en niveles modestos muy difíciles de remontar en los próximos años. En el ámbito político y estratégico, los esporádicos avances de Moscú sobre América Latina no logran una presencia sistemática y contundente debido a que rusos y latinoamericanos son conscientes de la posición de ambos en la distribución del poder global y de la inevitable injerencia estadounidense sobre el resto del continente americano. El interregno entre la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS y la aparición de las “economías emergentes” estuvo marcado por una separación no hostil con nuestra región. Durante esos años, la década perdida fue mutua, de tal manera que no hubo un ambiente favorable a

la interacción. Los nexos se desdibujaron tanto que las oficinas comerciales y culturales fueron cerradas y el personal diplomático fue reducido a niveles mínimos. La aerolínea Aeroflot, por ejemplo, canceló varias de las conexiones que tenía con las capitales de América Latina (Nikandrov, 2010). Se considera que a partir de 1997, cuando Rusia empezó a dar signos de recuperación económica, renació su afán por restaurar su política latinoamericana, según la línea de política exterior establecida por el premier Yevgeny Primakov, y “desde entonces, los objetivos han permanecido de manera remarcable consistentes” (Davidov, 2010). El vínculo estratégico con Cuba se cuidó, de modo que el Pentágono no tenía dudas respecto a la reanudación de las tareas de inteligencia radial desde Lourdes, centro de espionaje equipado para interceptar teléfonos y líneas digitales en territorio estadounidense (Nikandrov, 2010). Sin embargo, los frutos de este interés renovado no fueron inmediatos, ya que diez años después es cuando los analistas van a resaltar la presencia inusitada en sectores sensibles para la seguridad regional coordinada con Washington.

Los momentos cruciales de la proyección rusa sobre América Latina tuvieron lugar después de 2007, justo en eco directo de la crisis económica europea. El intercambio diplomático empezó a florecer como nunca antes. El eje del nuevo entronque de Moscú con la región lo ocupó Venezuela, a donde Dmitri Medvédev llegó en 2008 para realizar la primera visita de

un presidente ruso en más de ciento cincuenta años de relaciones políticas. La visita catapultó el entendimiento que se venía activando con el quizás país más rico en hidrocarburos. Junto con la cooperación en el sector petrolero se empezaron a explotar las oportunidades en el área de la defensa, ámbito en el que Hugo Chávez tenía premuras manifiestas. En abril de 2010, el desplazamiento de Medvédev a Argentina impulsó los acuerdos con Mercosur, organización económica a la que Venezuela también llegaría a pertenecer poco después. A su vez, el canciller Sergei Lavrov realizó varias giras por la región durante estos años, con paradas en Caracas, en reciprocidad a los nueve viajes que hasta ese momento el mandatario venezolano había hecho a Rusia (The Voice of Russia, 2011).

La cooperación ruso-venezolana en defensa vino a ser un renglón destacado de los nexos de Moscú con América Latina. El presidente Chávez solicitó bombarderos y acordó ensayos aéreos y navales de guerra en el Caribe con las fuerzas armadas rusas, con la participación del portaaviones Pedro el Grande, maniobras que despertaron conjeturas acerca de la posibilidad que Caracas se convirtiera en el pivote de la injerencia política y militar rusa a través del proyecto Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA)⁶. Las adquisiciones comprendieron 24 aviones SU-30 y TU-160 y 53 helicópteros de combate MI-17V-S y MI-35M, 100.000 Kalashnikov AK-47 y rifles de asalto AK-103, y tanques BMP-3. Los contratos

⁶ Acuerdo de integración de 2004, que han suscrito, entre otros países, Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador.

contemplaron el soporte técnico y financiero ruso para la producción de rifles y partes de los aviones en las fábricas militares venezolanas (Russian Military Forum, 2012).

Asimismo, Moscú celebró acuerdos con otros gobiernos de la región deseosos de modernizar sus respectivas fuerzas militares. Bolivia, Ecuador, Perú y Brasil solicitaron helicópteros y aviones, en gran medida como parte del fortalecimiento de sus equipos de vigilancia y control del tráfico de la cocaína. Vehículos anfibios fueron las principales solicitudes uruguayas, mientras Argentina compró helicópteros. En casi todos los casos, las compras fueron facilitadas por el gobierno ruso por medio de líneas de crédito *ad hoc*. Estas adquisiciones, sumadas a las brasileñas, convirtieron a Rusia en el primer proveedor para América Latina en un sector en que Estados Unidos había sostenido la primacía, con una conquista de la tercera parte de los us\$24,7 mil millones en contratos de armas de la región. Las ventas rusas en el período de 2008 a 2011, por us\$7800 millones, sobrepasaron los us\$2,5 mil millones de las provisiones estadounidenses, aunque estuvieron por debajo de los us\$8,6 mil millones del abastecimiento francés. En cambio, los pedidos de armas a Moscú se ubicaron en el primer lugar entre 2004 y 2007, con contratos por us\$4100 millones, cuando los estadounidenses sumaron US\$1,5 mil millones (Just the Fact, 2012).

Con todo y ello, el alegato de la toma rusa de América Latina se trata de una versión

sensacionalista. La presencia estadounidense no parece ni tan desafiada ni en desmantelamiento. Más bien, sucede lo contrario: con el fin de asegurar su dominio militar fueron instaladas siete bases en Colombia y reafirmadas las medidas de acción concertada suscritas en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR)⁷ y en los mecanismos de seguridad en el marco de la Organización de Estados Americanos (OEA). A raíz del recrudecimiento de la militarización de la estrategia antiinsurgente y las organizaciones del narcotráfico, Estados Unidos incrementó el equipo y las facilidades de movimiento de tropas en el resto del continente desde los años noventa del siglo pasado. Después de 2001, esta tendencia no se detuvo, y halló nuevos motivos en la venganza de los atentados en Nueva York. La entrega de las bases en Panamá y Manta (Ecuador) fueron compensadas en forma muy amplia con facilidades expandidas en Vieques (Puerto Rico) para operaciones navales, la base de Soto Cano, en Honduras; el puerto fluvial de Iquitos, en Perú, y con por lo menos siete bases en Colombia, acogedoras de 800 asesores y soldados extranjeros. En 2009 había veintidós de estas facilidades en Latinoamérica (LindsayPoland, 2011).

En este orden de ideas, esa colaboración más estrecha con Rusia no parece responder a incentivos estratégicos, sino a una oportunidad más dentro de la gama de opciones de relaciones extrarregionales que varios países latinoamericanos desean impulsar. En el marco de

⁷ Suscrito el 2 de septiembre de 1947, en Río de Janeiro, garantiza la acción continental para la defensa del territorio por parte de cualquier ataque externo.

dicha apertura se iniciaron los diálogos en frentes inusitados como el de Suramérica con los países árabes o la Cumbre Suramérica-África (ASA)⁸. Los gobiernos más entusiastas con estos nuevos encuentros son aquellos más preocupados por preservar políticas externas autónomas y que llegaron al poder con esas consignas, en una tendencia destacada en la región, reflejo del cansancio respecto a las medidas de control estadounidense en política y seguridad, y sus determinaciones unilaterales en asuntos de carácter compartido como la lucha contra las sustancias psicotrópicas. De hecho, a partir del momento en que Estados Unidos enfocó sus baterías contra las redes islamistas con el fin de ocupar Afganistán e Iraq, América Latina dejó de percibir los estímulos económicos y solo vio en Washington el “garrote” que siempre quiso evitar. El trato con Rusia forma parte, así, de ese conato de pluralización externa, y no cabe ser valorado como una opción geopolítica preferencial latinoamericana.

Incluso, los gobiernos izquierdistas y socialistas de la región no han mostrado una aproximación completa hacia Moscú, entre otras cosas porque la orientación ideológica de Putin y su equipo están lejos de operar en los cánones socialistas. Más ha sido la especulación por parte de ciertos analistas y medios de comunicación de planes para abrir gigantes bases navales en Ecuador o Nicaragua, o la instalación de misiles en Bolivia, que la realidad de un “golpe ruso” a la estructura estratégica latinoamericana, controlada por

Estados Unidos hasta ahora. En particular, no hay evidencia de una cooperación sobresaliente y sostenida con ninguno, ni siquiera con Cuba. El desestímulo es explicable por el hecho de que los gobiernos más recelosos de Washington –como los de Bolivia, Argentina, Brasil o Nicaragua– resuelven sus esfuerzos de independencia a través del intercambio con China, aunque sin un traslado automático de los acuerdos económicos a los entendimientos políticos y estratégicos con la potencia asiática.

Una política exterior con fuerte acento en el aprovechamiento de nuevos mercados deja ver que los países latinoamericanos buscan insertarse en unos flujos económicos mucho más dinámicos que el estadounidense. De ahí la caída persistente en la participación comercial respecto a la cual la fórmula ofrecida por Washington es repetitiva y selectiva, puesto que se reduce a pedir los acuerdos preferenciales tipo TLC. Sin embargo, aún con esta pérdida del relacionamiento económico con Estados Unidos, América Latina no parece abocada a establecer compromisos estratégicos suprarregionales.

En las relaciones con Rusia es claro que la merma en la cotización de los hidrocarburos le empieza a crear dificultades presupuestales que minarán su presencia en América Latina. Además de este obstáculo para su proyección sobre nuestros países, es indispensable tener en cuenta que dado su imperativo superior de asegurar una posición ventajosa en la distribución global del poder, sus esfuerzos tendrán que

⁸ Fue creada por iniciativa de Brasil y Nigeria para animar la cooperación sur-sur. La primera cumbre se llevó a cabo en 2006, en Abuja. ASA está conformada por los doce países suramericanos y los 54 africanos.

encaminarse a una colaboración estrecha con China, única alternativa que tiene de balancear el peso de Estados Unidos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en la esfera global. Desde la perspectiva de la capacidad atómica, sin duda Rusia sigue siendo una superpotencia; sin embargo, su capacidad política y económica disminuyó en forma ostensible a raíz de la disolución de la URSS. Hoy en día, la Federación tiene que actuar en términos prácticos como un gran poder regional y cada vez menos como una potencia con presencia disuasiva orbital. Esta percepción es sentida, por supuesto, en Latinoamérica, de modo que la región carece de la voluntad suficiente para instaurar mecanismos regulares de diálogo político y estratégico con Moscú por fuera de los que lleva a cabo Brasil en el marco de los encuentros BRICS⁹.

Este fenómeno es fácil de explicar a partir del desplazamiento del centro económico y político orbital del eje Washington-Moscú a su variante Washington-Beijing. En efecto, tras el fin de la URSS, la reconstrucción bipolar fue rápida, en medio de la activa y muy pregonada autoapreciación estadounidense de un mundo unipolar, cuando el bloque hegemónico encabezado por Estados Unidos trató de conducir la comunidad mundial hacia una especie de coacción política y militar incontestable (García, 2001). Los atentados de septiembre de 2001 en su territorio fueron el motivo central para desplegar la nueva política de control glo-

bal unilateral, dadas las comprensibles resistencias por parte de la ONU. En este ambiente de desenfreno no pudo ser bloqueada la invasión a Iraq, dado que George Bush obvió el dictamen del Consejo de Seguridad; sin embargo, su política de ataques preventivos auspició el entendimiento sino-ruso para restablecer el control compartido de Asia Central en torno a la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS)¹⁰ y afinar su colaboración en el Consejo de Seguridad.

En síntesis, si bien está negada por ahora la opción de Rusia en el ámbito estratégico, para Latinoamérica sí es previsible y deseable la cooperación en los asuntos políticos internacionales, junto con el aprovechamiento de sus mercados mutuos.

LA VOLUNTAD POLÍTICA REQUERIDA PARA INCREMENTAR LA COOPERACIÓN ECONÓMICA

El talento humano y los múltiples recursos naturales de Rusia y América Latina representan un patrimonio invaluable de una agenda combinada. Como todo tesoro, esa riqueza es susceptible de ser dilapidada o aprovechada de una forma mucho más rentable, de tal modo que llegue a asegurar el bienestar de sus poblaciones en las décadas venideras, alentando de paso el fortalecimiento institucional y la estabilidad de los gobiernos. Si, por el contrario, se pierde la oportunidad de la acción concertada,

⁹ Sigla empleada para referirse conjuntamente a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

¹⁰ Creada en 1994 para el control concertado de la delincuencia internacional y los movimientos separatistas en Asia Central entre Rusia, China y los países exsoviéticos de la región.

estos países tienen el riesgo de sumergirse en la competencia destructiva por acceder a porciones mayores del mercado global, deprimiendo aún más los precios de los productos básicos y despertando el rechazo masivo a los gobiernos de turno.

Según vimos en la primera sección, el impacto de la movilización intensa de los capitales al final del siglo xx sobre la división internacional del trabajo ha puesto tanto a Rusia como a la mayoría de los países latinoamericanos ante el más poderoso reto de aprovechar en forma cabal sus recursos humanos y naturales o de arrear la pugna social. La acumulación de activos bancarios en ambas partes después del año 2000, como resultado de los elevados precios de los combustibles, los minerales y los metales en el mercado mundial, les otorgó a las empresas rusas y latinoamericanas un brazo financiero robusto, que en cuanto tal puede ser el medio para reforzar sus vínculos económicos a través del comercio y las inversiones. Esta tendencia es inocultable; de hecho, en el 2008 la Federación Rusa llegó a ocupar el quinto lugar mundial entre los exportadores netos de capital, con una participación del 5,6%, aun cuando la tendencia decreciente en la cotización de los productos energéticos le ha de restar fuerza a esa ventaja tan poderosa.

Pero, más allá de la demanda especial de bienes primarios, no se debe olvidar que en el pasado ambas partes tuvieron prácticas transformadoras estimulantes; así, la indus-

trialización soviética fue veloz y extensa en las primeras décadas del gobierno bolchevique, mientras América Latina en los años sesenta ensayó el modelo cepalino de sustitución de importaciones que dejó una considerable base manufacturera a lo largo y ancho de la región. Al final de la Guerra Fría, tales prácticas se tornaron obsoletas, ambos aparatos productivos mostraron un evidente desfase respecto a las nuevas instalaciones de maquila de los países asiáticos del sur y el este, dotadas con tecnologías avanzadas y conectadas a circuitos comerciales globales¹¹. Desde entonces, las fuerzas del mercado mundializado arrastran a los países ricos en recursos naturales y poco competitivos en la transformación de los mismos hacia la posición de proveedores netos de bienes básicos.

Este fenómeno se explica porque los aspectos fundamentales del sistema mundial están determinados, de una parte, por los factores económicos estructurados en torno a la acumulación y, de otra, por la competencia política y estratégica. En efecto, en este reordenamiento, el centro tradicional refuerza sus prerrogativas a partir del uso intensivo del capital financiero impulsado por los mecanismos de la expansión autónoma. El capital especulativo irriga el sistema global, pero con el criterio selectivo determinado por el lucro, de modo que en su fase más reciente ha revertido sobre el mismo centro, dando lugar a las crisis periódicas como la del 2008, que puso en jaque el Estado de bienestar europeo, usufructuado por varias

¹¹ Modernización del aparato productivo que no debe ocultar las deplorables condiciones laborales en Bangladesh, donde 2000 trabajadoras de la confección perecieron con el derrumbe de un edificio sin especificaciones técnicas. Otros países de la región presentan formas similares de trabajo precario.

generaciones después que el continente terminó de reconstruirse sobre las ruinas dejadas por la Segunda Guerra Mundial. Es claro que con el ingreso al nuevo milenio, la transformación de los bienes aceleró su traslado a los países de costos relativos menores, mientras ciertas zonas ricas en materiales básicos y producción agroindustrial siguen empujadas a especializarse en el abastecimiento de *commodities*.

Se entiende, entonces, que el diseño conjunto de programas de cooperación a largo plazo puede evitarles a Rusia y América el trauma de la *maldición de los recursos naturales* y asegurar el valor agregado requerido para satisfacer las necesidades de su población y preservar el acatamiento a sus respectivos arreglos institucionales. De hecho, las economías extractivas mineras aceleran la enfermedad holandesa o de desindustrialización y dan lugar al estrechamiento del ingreso personal, a pesar del aumento del PIB nacional (Davis, 2008). Perú y Chile perdieron sus industrias por este motivo, y Brasil y Argentina, entre otros, enfrentan a diario esta amenaza. A pesar de este riesgo, los excedentes capturados por las zonas emergentes tienen sus aspectos favorables, en caso de ser aprovechados de manera asertiva. Así, por un lado, ofrecen independencia financiera a sus poseedores; por otro, ese capital fresco podría impulsar los proyectos para controlar las tecnologías de punta que afirmen la independencia respecto a los centros tradicionales del poder económico. De igual manera, su uso correcto redundaría en la legitimación de los gobiernos, en la medida que puedan elevar el nivel de bienestar de toda la población, objetivo que depende de programas para redistribuir el ingreso nacional.

El recurso natural y humano ruso y latinoamericano apto para ser aprovechado en forma coordinada es de estas magnitudes: sumadas ambas superficies se llega a un territorio de 38 millones de km², correspondiente a un cuarto de las tierras emergidas. Los yacimientos de minerales y metales en este vasto espacio son los mayores del planeta. La población conjunta se aproxima a los 800 millones de personas, un mercado significativo si se incrementa su poder adquisitivo. En contraste con la descapitalización de fines del siglo pasado, gracias a la aguda demanda global de los minerales, energéticos y alimentos, acumulan divisas en forma sostenida. A modo de ejemplo, el excedente comercial a favor de las finanzas rusas superó los US\$400 mil millones en 2010, suma que equivalía a la tercera parte del PIB del país (RIA Novosti, 2012); ese mismo año, el superávit comercial de Brasil, si bien bajó respecto a los US\$30 mil millones de 2011, se sostuvo en US\$8 mil millones en 2012 (Heredia, 2012); el chileno se ubicó en US\$10 mil millones (Index Mundi, 2012), y el peruano en US\$5 mil millones (ITC, 2012). Es obvio que los planes para elevar la generación de conocimiento avanzado tanto en Rusia como en América Latina gracias a irrigaciones financieras propias pueden verse estimulados en forma directa, sobre todo si se logra acordar programas de desarrollo conjunto en los sectores ambientales, industriales y agrícolas.

Aprovechar el *boom* de los productos básicos y sembrar sus ganancias con el fin de conseguir cosechas en el futuro es un reto para Rusia y para los países latinoamericanos más dotados de recursos naturales. En la actividad manufacturera, América Latina presenta mayor desventaja, dado que perdura una gran

diferencia con Rusia en el sector de la defensa, la principal industria de ese país. Si bien es cierto que Brasil ha logrado conformar una producción militar destacada, los demás países no pasan del nivel de ensamblaje de armas bajo la licencia y la supervisión de los grandes productores, entre los cuales están las empresas rusas. La venta de bombarderos, tanques y armamento pesado y ligero de combate es el ramo sobresaliente entre las exportaciones industriales de la Federación. Ella conserva la segunda posición entre los países exportadores de armas, después de Estados Unidos; ambos son responsables del 55% de las ventas anuales. Con relación a Latinoamérica, el contraste consiste en que mientras las exportaciones rusas cubren el 24% de las ventas mundiales, las brasileñas no sobrepasan el 2% (SIPRI, 2012). En otros sectores manufactureros la competitividad rusa es mucho más vulnerable, de ahí que al igual que América Latina crezca su dependencia del suministro de alimentos e insumos básicos a cambio de bienes procesados.

La condición compartida de productores reprimarizados es el resultado de la adopción en ambas economías de la doctrina neoliberal a partir de los años noventa. Por esa época, cuando el aparato industrial entró en crisis, los líderes exsoviéticos se enfocaron en acelerar las reformas políticas bajo la premisa de asegurar un acuerdo general sobre un modelo económico viable; en un ambiente en el que “a diferencia de China, no hubo consenso entre los políticos y los militares para idear verdade-

ras reformas económicas” (Meyer, 1997, 473). Una vez recompuesto el sistema político ruso, su dirigencia, del mismo modo que la latinoamericana, decidió sacrificar sus renglones productivos de manufacturas tradicionales con el fin de enlazar las economías al circuito internacional, de acuerdo con el dictamen del llamado Consenso de Washington, que difundió el abordaje de la globalización en términos de teoría económica neoclásica, bajo la hipótesis de inducir la especialización y el desarrollo de las ventajas competitivas, por medio de la apertura económica, que favoreció la deslocalización productiva y el desplazamiento veloz del capital especulativo.

Contra esos estragos, en los últimos años, las movilizaciones sociales lograron sustituir los partidos políticos y los gobiernos que, supeditados a las doctrinas del mercado irrestricto, terminaron por profundizar las brechas en los ingresos y las rupturas entre las clases, junto con el desprestigio del sistema político. El aire renovador se impuso en Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia y Ecuador en forma más clara. En todos esos casos, un nuevo acuerdo político sustentado en un papel estatal más activo en la economía y los condicionamientos a la inversión dieron lugar a la solvencia fiscal necesaria para que los gobiernos pudieran atender las demandas básicas de la población, es decir, aquellas referidas a la cobertura universal de la salud, la educación, la nutrición y, en algunos casos, de seguridad social para las personas mayores y para las desempleadas¹².

¹² Que esta vía hacia el bienestar colectivo sea sostenible es asunto discutido y ahonda la separación entre los países latinoamericanos.

Establecer alianzas en pro de ese desarrollo social se convierte, así, en el mayor reto de la cooperación de América Latina con Rusia en los próximos años.

Dos son las mayores dificultades para coordinar programas de cooperación económica ruso-latinoamericana dirigidos a ampliar la base industrial mutua a través del mejoramiento del componente tecnológico. Por una parte, la excesiva apuesta rusa a financiar su desarrollo por medio de la factura energética; por otra, la baja capacidad latinoamericana de coordinar su política exterior. Así, a pesar de los esfuerzos por diversificar su oferta exportable, en la torta exportadora rusa del 2030 los productos energéticos toman una quinta parte (20%) (Ministry of Energy of the Russian Federation, 2010). Un desarrollo económico constante y redistributivo, basado en el mejoramiento de las fuerzas productivas, guarda una relación directa con el bienestar social y la estabilidad política. Por el contrario, los gobiernos inhabilitados para responder a las demandas de sus sociedades se deslegitiman con rapidez. La ola de gobiernos surgidos de las reivindicaciones por la creación de riqueza en condiciones más ecuanímes corrobora el descrédito en que cayeron varios regímenes latinoamericanos durante la “década perdida”. Esta experiencia traumática de descontento popular, también presente en Rusia, anima los planes actuales de crecimiento económico sostenido aquí y allá. En lo que concierne a las autoridades rusas, ellas aspiran a elevar el peso del país en la economía mundial en poco tiempo. El plan de desarrollo económico-social, aprobado por el gobierno en 2008, se propone recuperar el liderazgo mundial del país a partir de su mejor

posicionamiento económico, como una de las cinco principales economías del mundo hacia el 2020 (Ministry of Economic Development of the Russian Federation, 2008). Según el *Concept of Long-term Social and Economic Development until 2020 (Strategy 2020)*, con base en la actividad económica más dinámica, el PIB per cápita habrá de elevarse desde el equivalente a un 42% de los países de la OECDE en 2007 a un 70%. Sin embargo, para algunos autores (Kuchins, 2008), la dependencia de la exportación de energéticos estorba el despliegue de las manufacturas rusas más allá de la zona cautiva de la CEI, vedando la creación de valor en ese sector.

El asunto no es menos dramático para América Latina que, como resultado de las reformas institucionales y en estrecha colaboración con Estados Unidos, espera cumplir alguna parte de las metas de reducción de la pobreza y armonización social dentro de un marco democrático (National Intelligence Council, 2004). Un impulso más recio del desarrollo económico y social podría venir de combinar las proyecciones externas, de modo que la región pueda preservar los vínculos con las zonas tradicionales como Europa y Estados Unidos con intercambio con los mercados más dinámicos de Asia y Eurasia en pro del uso intensivo del capital humano, a cambio de la explotación intensiva del recurso natural. Este tipo de solución se aleja tanto cuanto tarden los países latinoamericanos en acordar posiciones conjuntas respecto al desarrollo económico mundial.

En pocas palabras, vemos que los patrones de cooperación ruso-latinoamericanos cambiaron de manera drástica entre el siglo

xx y el siglo xxi. En tiempos de la Unión Soviética predominaron los intereses ideológicos y estratégicos rusos; hoy en día, la interacción se orienta por una vía de alto pragmatismo, como parte del interés compartido de sacar las mejores ventajas en un sistema global denso, competitivo al extremo y en el que el riesgo de profundizar la especialización en la industria primaria y extractiva está latente¹³. No obstante, más allá de los acuerdos bilaterales, una más recia resolución multilateral, aunque lejana, será siempre deseable.

RUSIA Y AMÉRICA LATINA EN LA CONSOLIDACIÓN DEL MULTILATERALISMO

Con frecuencia, la colaboración externa de la Federación Rusa es asociada a la necesidad de preservar su posición de gran potencia global (Sheykina, 2010)¹⁴. En lo que respecta a la relación con América Latina, este apoyo hasta ahora no ha sido acordado en forma abierta pero, en el futuro, si dicha asociación implica una contribución rusa mayor al desarrollo humano mundial y al cumplimiento de los objetivos internacionales aprobados en los foros especializados, no solo es pertinente sino urgente. Toda la estructura institucional multilateral recibiría un impulso, y las causas globales de convivencia pacífica, respeto de los derechos humanos y desarrollo económico con equidad estarían promovidas de una

manera mucho más consistente. Sin embargo, este amplio concurso interregional encuentra límites en lo atinente a la dimensión estratégica debido a que Rusia y América Latina se inscriben en esferas de defensa y seguridad contrastantes.

El espacio para la cooperación entre ambas partes está condicionado por la reestructuración geopolítica global, ocasionada por el surgimiento chino e indio, en especial. Es decir, que las relaciones estratégicas potenciales entre Rusia y América Latina, que enriquecerían la agenda mutua futura, son incomprendibles sin las referencias al papel hegemónico estadounidense y los contrapesos a cargo de las potencias asiáticas. Sobre este particular, la posición de Beijing, bajo la presunción de su entendimiento progresivo con Rusia para salvaguardar los intereses mutuos, cumple una función rectora. La alianza estratégica asiática está fomentada por y tiende a repercutir en la estructura del poder mundial hacia donde se proyecta con la vocación de contener el despliegue geopolítico de Estados Unidos y la OTAN, alianza que desde 2001 se afincó en una zona de tradicional dominio ruso y, en tiempos más recientes, de despliegue chino. El doble atractivo de la riqueza energética y la urgencia de controlar los grupos radicales armados y la economía ilegal de las drogas es compartido por Rusia y China no menos que por Estados Unidos y Europa; incluso India muestra fran-

¹³ De acuerdo con Rama y Wilkinson, Latinoamérica es una región que “está limitando su competitividad internacional a la producción primaria” (Cfr. Rama, 2012, 70).

¹⁴ Para Dan Erikson (2008): “el interés estratégico de Rusia está motivado por el interés ruso de reposicionarse como poder mundial, lo que implica mayor presencia en América Latina, en un momento en que la región busca diversificar sus relaciones para mermar la dependencia de Estados Unidos”.

cos intereses en la región centroasiática¹⁵. Así, esta área extendida desde Afganistán hasta Kazajistán y el Cáucaso, pasando por Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán, desplegada en un extenso territorio de 5 millones de km² que alberga la segunda reserva mundial de hidrocarburos, se convierte en uno de los puntos de choque entre los bloques geopolíticos actuales.

Hay quienes difieren de este diagnóstico porque no ven probable el acuerdo sino-ruso, dada la disparidad en sus intereses. Lo plantean así Richard Weitz¹⁶ y el mismo John Mearsheimer, titular del neorealismo ofensivo, entre otros. Para el autor de *The Tragedy of Great Powers*, en las modificaciones del sistema global contemporáneo desde el realismo ofensivo es inevitable que China se aparte de su ascenso pacífico, movida por sus motivaciones económicas y estratégicas, dando lugar a probables enfrentamientos armados con Estados Unidos. Como resultado de ello, la alianza de los países limítrofes –Corea, Japón, Taiwán, India, Singapur– con la estrategia estadounidense se profundizaría (Mearsheimer, 2001). El gobierno chino, en este escenario, estaría abocado a un progresivo y destructivo aislamiento, puesto que el temporal entendimiento con Rusia también entraría en crisis (Mearsheimer, 2006). Aunque se trata de un teórico que ha hecho aportes significativos a la comprensión del juego de influencias en la configuración de la política de seguridad estadounidense, en sus

previsiones asiáticas saca a relucir más bien su deseo del *statu quo* a favor de su país y sus prejuicios respecto a China, al que juzga incapaz de ejercer una conducción sabia de los asuntos mundiales; así su evaluación del cambio geopolítico pierde objetividad. Sus dos juicios básicos envuelven las obcecaciones relativas a la idea de un sistema mundial incomprensible sin el dominio estadounidense, hipótesis a la que muchos analistas quisieran aferrarse como un dogma indisputable, siendo ellos a la vez arúspices de la imposición arrogante y violenta del poder chino.

Estas conjeturas tienen una venta fácil, porque es razonable que alguien escoja entre dos violencias la menos cruel y que busque contribuir al sostenimiento de ese poder más benigno, a pesar de sus medidas unilaterales. Pero, lo cierto es que ni la supremacía estadounidense está asegurada en las próximas décadas, como lo augura con tanto fervor Mearsheimer, ni el control violento chino de su periferia se da sin restricciones, ya que su propia proyección global responde a sofisticados mecanismos consensuales, en los que hasta ahora se ha impuesto una dosis evidente de pragmatismo y diplomacia por parte de Beijing. Es muy probable, por tanto, que una China que fue acorralada por la disputa imperialista en el siglo XIX acceda a conformar un orden internacional más consensuado en las esferas multilaterales. En este orden de ideas,

¹⁵ De ahí su participación como observador en la ocs.

¹⁶ Afirma este autor que si bien en el plano retórico se tratan como buenos amigos y hablan de cooperación bilateral, en la práctica no confían el uno del otro, mantienen diferencias territoriales y suspicacias mutuas frente a sus sistemas de defensa de misiles, por lo cual es insensato la formación de un bloque militar ruso-chino (Weitz, 2008).

la colaboración previsible ruso-china, evidenciable en el sostenimiento de la OCS y en la afinidad en el Consejo de Seguridad, puede respaldar los compromisos rusos con Latinoamérica, en cuanto ambas potencias buscan consolidar las soluciones multilaterales de los problemas globales en contra de las intervenciones unilaterales¹⁷.

Desde los primeros años del siglo XXI, después de haberse esforzado por reestructurar sus respectivas plataformas productivas, Rusia y América Latina tratan de proyectar sus objetivos de desarrollo a largo plazo, de acuerdo con las modificaciones en el escenario regional y mundial. Moscú ha ensayado fórmulas variadas dictadas por el interés de asegurar su papel preeminente en el espacio euro-asiático a través de la CEI, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC)¹⁸ y la Comunidad Económica Euroasiática (EURAsEC)¹⁹, de las cuales es el pilar evidente. América Latina es una zona todavía alejada en ese marco de preferencias. El grupo latinoamericano, por su parte, ha añadido a sus tradicionales socios de diálogo –Norteamérica y Europa– a Asia Oriental, el mundo árabe y al continente africano. Forman parte de estos mecanismos el Foro de Cooperación de América Latina y

Asia del Este (FOCALAE)²⁰, y el ya mencionado encuentro ASA²¹. En razón de estas prioridades dispares, no existe aún una vía regular de encuentro y negociación birregional ruso latinoamericano, que en vista a materializar el potencial mutuo es hora de establecer.

Ciertas medidas podrían preparar el ambiente para los diálogos formales y los mecanismos institucionalizados a través de los cuales se ha de canalizar la cooperación birregional ruso-latinoamericana. En primer lugar, hay un campo de posibilidades inéditas en el intercambio económico. El tráfico de bienes y servicios entre ambos lados del grupo Rusia-CEI y el latinoamericano, aunque modesto, contiene un atractivo extenso. Por ejemplo, el comercio ruso-brasileño creció diez veces en la primera década del presente siglo, hasta superar los us\$12 mil millones. Azúcar, jugo de naranja, carne y otros alimentos son los principales productos latinoamericanos en el mercado ruso, a cambio de fertilizantes, automotores y armas. Los principales socios comerciales son Brasil, México, Argentina, Ecuador, Venezuela y Colombia. Por lo general, los envíos desde estos países disfrutaban de la reducción del 25% en los aranceles por el sistema generalizado de preferencias. El prospecto es amplio, dado que

¹⁷ La concertación ruso-china se extiende incluso a la identificación en el tipo de Estado, que Ferdinand encuentra de tipo “desarrollista”, un modelo ventajoso para las élites que tienen el control en cada uno de los dos países (Ferdinand, 2007).

¹⁸ Creada en 2002 por Rusia y sus aliados Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán.

¹⁹ Mecanismo de integración fundado en Astana, el año 2000, por Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán, en calidad de miembros oficiales, y Armenia, Moldavia y Ucrania como observadores.

²⁰ Foro de Cooperación de América Latina y Asia del Este suscrito en Santiago de Chile, en 2001, por 15 países asiáticos y 17 latinoamericanos.

²¹ Ver nota 8.

este intercambio representa menos del 3% del comercio exterior ruso (SELA, 2009, 31). Su industria de máquinas, aeronáutica, satelital y de energía nuclear tienen en América Latina prospectos favorables, mientras la industria alimentaria y la agroindustria son renglones con alta demanda en el mercado de la CEE. De igual manera, el flujo de recursos financieros e inversiones productivas hacia ambas regiones tiene perspectivas propicias, sobre la base del bono que ambas regiones recibieron en los últimos años gracias a la alta cotización de los bienes básicos.

En segundo lugar, es aconsejable que la cualificación del recurso humano pueda captar buena parte de esa renta exportadora. En el pasado, el intento de cooperación fue abonado en buena medida por la política generosa de la dirigencia soviética, gracias a la cual fueron invitados cada año hasta dos mil jóvenes latinoamericanos a cursar carreras técnicas y artísticas en las universidades de la URSS. Es muy deseable que por medio de acuerdos similares se le abran más oportunidades a la formación profesional, a las investigaciones conjuntas y al intercambio académico ruso-latinoamericano. En este sentido, Brasil establece un parámetro digno de fomentar y extender a las relaciones con Rusia. El 1º de mayo de 2013, en la celebración del día del trabajo, la presidenta renovó la invitación al legislativo para asegurar el destino de la ganancia petrolera al sector educativo, con el fin de elevar la competitividad del país y el bienestar social (MercoNews, 2013).

En tercer lugar, el acercamiento cada vez más constructivo que pueda emprender América Latina con Rusia debe estar enmarcado en

los principios y la agenda de la comunidad internacional en torno a los objetivos del milenio y no en la búsqueda de alianzas estratégicas que incentivan las pugnas por el poder mundial. Dicho de manera más precisa, el reto para el diálogo institucionalizado previsible entre Rusia y América Latina tendría que enfocarse en aquellos programas más adecuados para elevar al máximo las condiciones de vida de la población. La pobreza extrema, la mortalidad infantil, el déficit escolar, las exclusiones sociales y de género y el deterioro ambiental son los principales desafíos por resolver en los planes de ambos grupos de países en las próximas décadas (UNDP Russia, 2010), y hacia cuya solución una cooperación más intensa y eficiente puede cumplir un papel positivo.

En cuarto lugar, en una dimensión complementaria a la anterior, el componente político ha de estar impulsado por las medidas concertadas para garantizar las libertades públicas y el respeto de los derechos humanos. Suelen ser frecuentes las críticas de los analistas a la pérdida de rigor en la protección de los derechos ciudadanos en Rusia y en algunos países latinoamericanos. En 2012 fue muy difundida la condena al grupo musical Pussy Riot por la protesta en una iglesia ortodoxa en Moscú. Las medidas de control de la expresión política fueron reforzadas a raíz de este hecho, puesto que “nuevas leyes introducidas desde la protesta de Pussy Riot les han dado a las autoridades avasallantes poderes para someter a ONG y activistas políticos y de derechos humanos, en contravía de las obligaciones internacionales de Rusia” (Amnesty International, 2013). El problema no es menos grave en América Latina, donde

muchos casos de derechos humanos hicieron poco progreso, fueron obstruidos por la ausencia de un acceso significativo a la justicia, la falta de independencia judicial y la capacidad de algunos sectores para tomar medidas extremas que impiden la rendición de cuentas y aseguran intereses políticos, criminales y económicos. La dificultad para proteger los derechos fue exacerbada con frecuencia por las amenazas y las muertes de los defensores de los mismos, los testigos, los abogados, investigadores y jueces en países como Brasil, Colombia, Cuba, Guatemala, Haití y Venezuela. Periodistas que trataron de exponer los abusos del poder, las violaciones de los derechos humanos y la corrupción también fueron puestos como objetivos con frecuencia en América Latina y el Caribe (Langley, 2013).

En quinto lugar, las opciones de internacionalización de Rusia se dan en el doble juego de las demandas internas y los espacios disponibles afuera. La corriente social y política centralista se impuso con Putin a los intentos de adopción del modelo de acumulación liberal de rotación partidista. Es decir, no prosperó la europeización y la inscripción en el bloque político y estratégico euro-norteamericano anhelado por Gorbachov y Yeltsin; a cambio, Rusia afianza de manera creciente los lazos de cooperación con China, lo cual satisface tanto las solicitudes internas como la necesidad de proyección externa. La prosperidad sino-rusa se eleva en contraste manifiesto con el declive del Estado benefactor europeo. Mientras las finanzas de la Eurozona tambalean, las arcas rusas y chinas están repletas, y lo estarán aún por unas cuantas décadas, pues tampoco cabe esperar una bonanza indefinida y un sostenimiento lejano de su propio Estado pater-

nalista. Esta sensación de holgura alienta el nacionalismo ruso, y respalda el desdén con que los dirigentes ven a los reacios europeos que no los adoptaron en su “casa común” tras el descalabro soviético, y quienes además se solazan con el prurito de ser la gran potencia que convierte la parte europea en un simple apéndice de su extenso dominio territorial del Atlántico al Pacífico. Este encuentro casual, exitoso y de compromisos prolongados entre chinos y rusos allana el camino de sus políticas económicas, sociales y culturales bilaterales y afirma las medidas conjuntas para el control de la periferia compartida en Asia Central. Rusia, mucho más que América Latina, ha quedado atrapada por la *demanda especial* china ávida de los energéticos, bienes básicos y armas.

A su vez, conviene tener en cuenta que América Latina difiere en sus capacidades de inscripción en el sistema global. Sus posibilidades de acceso rentable al intercambio mundializado están asociadas principalmente a la dotación de recursos naturales, al igual que Rusia. En este caso, algunos países son privilegiados: Brasil, Chile, Perú, Venezuela, Colombia y México. No es una casualidad que todos vean revaluadas sus monedas por el efecto de las inversiones acrecentadas en las áreas de la agroindustria, pero de manera especial en la explotación de sus yacimientos de minerales e hidrocarburos. El efecto político, al igual que Rusia, es la legitimación de la élite política beneficiaria de la economía rentista. Sin embargo, contrario a Rusia, este modelo es insostenible en nuestra región, que tiene la creciente demanda laboral por parte de un ejército de trabajadores jóvenes que no hallan una ocupación rentable.

CONCLUSIONES

Un muro ideológico y estratégico privó a América Latina de una relación más profunda y sostenida con Rusia en tiempos de la Unión Soviética. Su presencia en Cuba sirvió de pretexto para que el alineamiento de los gobiernos latinoamericanos con las directrices de Washington redujera el trato con el bloque socialista a intercambios escuetos e intermitentes. Sucesivas asfixias financieras en Latinoamérica como en la Federación Rusa obstruyeron el acceso a sus respectivos mercados durante la década posterior a la disolución de la URSS; sin embargo, a medida que el brazo financiero mutuo se robustece con la bonanza de los precios para los materiales básicos, las posibilidades de apalancamiento para los programas conjuntos de desarrollo económico y social son atractivos. Intensificar el intercambio de bienes industriales y servicios especializados es, por lo tanto, una tarea prioritaria en la agenda birregional.

Rusia y los países de la CEI están en mora de interactuar de manera profunda con los países latinoamericanos. Pero poco se avanzará hacia tal propósito si no se cuenta con los escenarios adecuados para el encuentro y la concertación. Ello implica acercamientos sistemáticos y progresivos que culminen, lo más pronto posible, en la instalación de un mecanismo de consulta por parte de los ministros de relaciones exteriores, que a su vez prepare la cumbre CEI-América Latina, en la cual se presente y se revise en forma permanente la cooperación birregional.

Las áreas de esa cooperación orientada al mutuo beneficio económico y social son variadas. Cubren ellas los instrumentos facilitado-

res del comercio, las inversiones, la asistencia técnica y la formación profesional; además de los intercambios culturales, artísticos y deportivos, la hermandad entre ciudades y regiones, las investigaciones avanzadas y la asistencia académica. Asimismo, los acuerdos militares y policiales dirigidos a garantizar la seguridad ciudadana y a combatir las redes de los negocios ilícitos también deben recibir un fomento concertado. Más allá de tales dimensiones, una cooperación adicional de tipo estratégico que se propusiera conmovier la estructura del poder global es menos probable y aconsejable, dadas las prioridades geopolíticas rusas en el entorno asiático y las latinoamericanas en el marco de las relaciones hemisféricas.

Sin duda, una mejor cooperación entre Rusia y América Latina tendría un impacto considerable en el orden internacional, habida cuenta que se trata de dos agentes económicos que, ante todo, son dueños de vastos recursos naturales de alta demanda en la fase actual del mercado mundializado. Hoy en día, el tipo de intercambio económico global, al tiempo que estimula el aprovechamiento de dichos recursos y alberga cierta cooperación en pro de mejores precios para los bienes de exportación, les incita con mucha intensidad a la competencia por captar los consumidores más pudientes, ahondando el riesgo de especializarlos en el simple abasto de *commodities* sin el beneficio de su transformación industrial. Esto quiere decir que el sistema económico global les ofrece obvias oportunidades de captación de divisas, pero al mismo tiempo le genera límites a la cooperación posible entre ambos actores internacionales.

En este contexto hay que ver, además, que la dimensión económica es una de las variables del sistema global interconectado, el cual se estructura también como un ordenamiento político y estratégico, aspectos estos con implicación mutua, puesto que el patrón económico no es independiente de las interacciones y tensiones políticas y militares. Allí también se encuentran espacios anticipables de cooperación ruso-latinoamericana, aunque con previsible obstáculos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aglietta, M., 2012. “El vórtice europeo”, en *New Left Review*, n.º 75, pp. 15-34.
- Amnesty International, 28 de febrero de 2013. Russia escalating attacks on free expression a year on from Pussy Riot protest, en <http://www.amnesty.org/en/for-media/press-releases/russia-escalating-attacks-free-expression-year-pussy-riot-protest-2013-02-2> (Consultada el 1 de marzo de 2013).
- ADB, 2012. *Shaping the Future of the Asia–Latin America and the Caribbean Relationship*, Washington, Asian Development Bank.
- Blank, S. J., 30 de abril de 2010. Challenges to Security in the Hemisphere. Russia and Latin America: Motives and Consequences, en https://umshare.miami.edu/web/wda/hemisphericpolicy/Blank_miamirussia_04-13-10.pdf (Consultada el 17 de marzo de 2013).
- British Petroleum, junio de 2012. BP Statistical Review, en http://www.bp.com/assets/bp_internet/globalbp/globalbp_uk_english/reports_and_publications/statistical_energy_review_2011/STAGING/local_assets/pdf/statistical_review_of_world_energy_full_report_2012.pdf (Consultada el 7 de febrero de 2013).
- Daly, J., 24 de agosto de 2011. Russia and Latin America. Déjà vu all over again, en <http://oilprice.com/Geopolitics/International/Russia-And-Latin-America-Deja-Vu-All-Over-Again.html> (Consultada el 8 de febrero de 2013).
- Davis, G. A., 2008. “Why the resource curse is a concern”, en *Mining Engineering* vol. 60, n.º 4, pp. 29-32.
- Davidov, V. M., 2010. “Rusia en América Latina (y viceversa)”, en *Nueva Sociedad*, n.º 226, pp. 4-12.
- Erikson, D., 10 de octubre de 2008. Russia Exploits Exploits an Opening in Latin America, en <http://www.thedialogue.org/page.cfm?pageID=32&pubID=1617> (Consultada el 7 de mayo de 2013).
- Ferdinand, P., 2007. “Russia and China: converging responses”, en *International Affairs*, vol. 83, n.º 4, pp. 655-680.
- Fukuyama, F., 1989. “The End of History?”, en *The National Interest*, n.º 16, pp. 3-18.
- Future Directions International, 19 de mayo de 2011. The Future Prospects for Global Arable Land, en <http://www.futuredirections.org.au/publications/food-and-water-crises/53-the-future-prospects-for-global-arable-land.html> (Consultada el 8 de febrero de 2013).
- García, P., 2001. *El regreso del dragón. Geopolítica de Asia y el Pacífico*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- Heredia, T., 17 de julio de 2012. Brazil’s foreign trade in 2012 could be the worse in 11 years, en <http://brazilianbubble.com/brazils-foreign-trade-in-2012-could-be-the-worse-in-11-years/> (Consultada el 12 de marzo de 2013).
- Huntington, S. 1993. “The Clash of Civilizations?”, en *Foreign Affairs*, vol. 72, n.º 3, pp. 22-49.

- Index Mundi, 19 de julio de 2012. Chile Economic Profile 2012, en http://www.indexmundi.com/chile/economy_profile.html (Consultada el 15 de marzo de 2013).
- International Monetary Fund (IMF), octubre de 2012. World Economic Outlook Database, en <http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2012/02/weodata/weorept.aspx?sy=2010&ey=2017&scsm=1&ssd=1&csic=1&sort=subject&ds=.&br=1&pr1.x=19&pr1.y=15&c=512%2C446%2C914%2C666%2C612%2C668%2C614%2C672%2C311%2C946%2C213%2C137%2C911%2C962%2C193%2C674%2C122%2C676%2C> (Consultada el 8 de febrero de 2013).
- ITC International Trade Center, 2012. Peru: Company Perspectives, en <http://www.intracen.org/uploadedFiles/intracenorg/Content/Publications/Peru%20-%20Company%20perspectives%20-%20An%20ITC%20series%20on%20Non-Tariff%20Measures%20-%20version%20of%2031%20July%202012.pdf> (Consultada el 15 de abril de 2013).
- Just the Fact. A Civilian's Guides to us Defense and Security Assistance to Latin America and the Caribbean, 2012. CRS: Recent Trends in Arms Transfers, en <http://justf.org/taxonomy/term/14> (Consultada el 4 de marzo de 2013).
- Kile, S. N., 2011. "World Nuclear Forces", en *Sipri*, Oxford, Oxford University Press, pp. 363-386.
- Kuchins, A. C., 2008. *Russia's 2020 Strategic Economic Goals and the Role of International Integration*, Washington, Center for Strategic & International Studies.
- Langley, S., enero de 2013. Human Rights by Region. Americas, en <http://www.amnesty.org/en/annual-report/2012/americas> (Consultada el 9 de marzo de 2013).
- LindsayPoland, J., 5 de junio de 2011. Pentagon Using Drug Wars as Excuse to Build Bases in Latin America, en http://truth-out.org/index.php?option=com_k2&view=item&id=1463:pentagon-using-drug-wars-as-excuse-to-build-bases-in-latin-america (Consultada el 12 de marzo de 2013).
- Maddison, A., 2001. *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris, OECD.
- Mearsheimer, J., 2001. *The Tragedy of Great Power Politics*, London, W. W. Norton & Company.
- Mearsheimer, J., 2006. China's Unpeaceful Rise, en *Current History*, n.º 105, pp. 160-162.
- MercoNews. South Atlantic News Agency, 3 de mayo de 2013. Rousseff insists oil royalties should be invested in education; divided Congress disagrees, en <http://en.mercopress.com/2013/05/03/rousseff-insists-oil-royalties-should-be-invested-in-education-divided-congress-disagrees> (Consultada el 9 de mayo de 2013).
- Meyer, J., 1997. *Rusia y sus imperios, 1894-1991*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Ministry of Economic Development of the Russian Federation, 13 de octubre de 2008. Foreign-economic Activity, en <http://www.economy.gov.ru/wps/wcm/connect/economylib4/en/home/activity/sections/foreigneconomicactivity/index> (Consultada el 15 de marzo de 2013).
- Ministry of Energy of the Russian Federation, enero de 2010. Energy Strategy of Russia for the Period up to 2030, en [http://www.energystrategy.ru/projects/docs/ES-2030_\(Eng\).pdf](http://www.energystrategy.ru/projects/docs/ES-2030_(Eng).pdf) (Consultada el 3 de mayo de 2013).
- National Intelligence Council, junio de 2004. *Latin America 2020: Discussing Long-Term Scenarios*, en http://www.offnews.info/downloads/2020la_summary_engl.pdf (Consultada el 9 de marzo de 2013).

- Nikandrov, N., 21 de junio de 2010. Russia - Latin America: the Union of Solidarity and Pragmatism, en http://en.rian.ru/international_affairs/20100621/159513144.html (Consultada el 8 de febrero de 2013).
- Rama, R., 2012. "Asian Agribusiness Investment in Latin America, with Case Studies from Brazil", en G. E. King, *The Changing Nature of Asian-Latin American Economic Relations* (pp. 33-74.), Santiago de Chile, Economic Commission for Latin America and the Caribbean.
- Reuters, 2 de mayo de 2013. Brazil's Rousseff insists oil royalties should fund education, en <http://www.reuters.com/article/2013/05/02/us-brazil-oil-royalties-idUSBRE94101020130502> (Consultada el 4 de mayo de 2013).
- RIA Novosti, 21 de enero de 2013. Russia sold a record \$15.16 billion worth of weaponry in 2012, en <http://en.rian.ru/russia/20130121/178925765/Russia-Sells-Record-15-Bln-of-Arms-in-2012.html> (Consultada el 15 de marzo de 2013).
- RIA Novosti, 9 de agosto de 2012, en <http://en.rian.ru/business/20120809/175089378.html> (Consultada el 15 de marzo de 2013).
- Russian Military Forum, 28 de abril de 2012. Russian arms sales to Latin America, en [ww.russiadefence.net/t1919-russian-arms-sales-to-latin-america](http://www.russiadefence.net/t1919-russian-arms-sales-to-latin-america) (Consultada el 9 de febrero de 2013).
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), 2009. Las relaciones económicas entre la Federación de Rusia y América Latina y el Caribe: situación actual y perspectivas, en <http://www.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2009/03914a01.pdf> (Consultada el 10 de febrero de 2013).
- Sheykina, V., 2010. "Historia de las relaciones Rusia-América Latina: evolución y prospectiva", en *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 4, n.º 1, pp. 181-228.
- SIPRI, 19 de marzo de 2012. The Top 20 Arms Exporters, 2007-2011, en http://www.sipri.org/googlemaps/2012_of_at_top_20_exp_map.html (Consultada el 9 de marzo de 2013).
- The Voice of Russia, 23 de agosto de 2011. Sergei Lavrov tours Latin America, en <http://english.ruvr.ru/2011/08/23/55007366.html> (Consultada el 9 de febrero de 2013).
- UNCTAD, 2008. World Economic Situation and Prospects 2008, en <http://www.un.org/esa/analysis/wesp/wesp2008files/wesp2008.pdf> (Consultada el 3 de mayo de 2013).
- UNDP Russia, diciembre de 2010. National Human Development Report in the Russian Federation 2010, en http://www.undp.ru/nhdr2010/National_Human_Development_Report_in_the_RF_2010_ENG.pdf (Consultada el 9 de mayo de 2013).
- Weitz, R., agosto de 2008. China-Russia Security Relations: Strategic Parallelism without Partnership or Passion?, en <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/pdf/files/pub868.pdf> (Consultada el 4 de marzo de 2013).
- WTO, enero de 2013. International Trade Statistics 2012, en http://www.wto.org/english/res_e/statis_e/its2012_e/its2012_e.pdf (Consultada el 12 de marzo de 2013).